

PRÓLOGO

La libertad, en nuestros tiempos posmodernos, conceptualmente ha involucionado en uno de los términos más incomprendidos del «mercado intelectual». Para algunos, es poder hacer lo que a uno le venga en gana. Para otros, es la libertad de elegir. Este manifiesto deja zanjado el asunto: la libertad, en su sentido político, no trata sobre liberarse de trabajar, ni es una fórmula para recibir cosas fáciles ni gratis, ni trata sobre suprimir los deberes hacia nuestros semejantes. La libertad, en el contexto político, significa una y solo una cosa: la liberación de la opresión.

Escribir sobre la libertad, sin embargo, no es tarea fácil. El problema intelectual con el que se enfrenta cualquier escritor de la libertad es uno muy específico: debido a la confusión conceptual que caracteriza a los tiempos que corren, ni siquiera el concepto de opresión es totalmente comprendido. Peor aún, la misma idea de que hoy día la libertad todavía necesita ser defendida resulta extraña para las personas que no son conscientes de que viven sus vidas continuamente bajo opresión política y, por tanto, también bajo opresión económica.

En Occidente, cuando pensamos en la opresión frecuentemente solemos, por ejemplo, pensar en una dictadura militar muy lejana: hombres de aspecto rígido y mirada severa, vestidos con uniformes color caqui, sosteniendo en sus manos ametralladoras. Esta, sin embargo, es solamente la forma más visible y explícita de opresión. La bota que está siempre aplas-

tando un rostro humano –la horrorosa imagen que George Orwell presentó en su novela distópica *1984*– no es el método más eficiente para oprimir a las grandes masas de gente. Existen otras maneras más sutiles de hacerlo.

Si de verdad quieres un sistema eficiente de opresión, tienes que adoptar un enfoque completamente distinto: no por vía de un despliegue frontal del poder, sino disfrazando su cara visible, prefiriendo disimularlo, fingiendo como si el poder no estuviera siendo ejercido en toda su fuerza y coacción. La esencia de nuestra actual y sofisticada opresión, entonces, es nuestra incapacidad para «tocar» el poder, inclusive para señalarlo o conocer de dónde proviene. ¿Acaso está el poder en el Gobierno y el Parlamento? ¿O en los grandes medios de comunicación? ¿O quizás en los sindicatos? ¿Acaso en la policía o en el ejército? ¿O en los cuerpos de funcionarios y burócratas? ¿Está el poder en el sistema educativo? ¿O reside en los bancos centrales? ¿O quizás en las empresas privadas y grandes corporaciones detrás del telón del poder político?

Pareciera que el poder reside en todas partes y, por tanto, a la vez en ninguna parte.

La razón por la que hemos llegado a este estado de cosas es tan simple como controvertida: los amos de la estructura del poder han logrado conquistar nuestras mentes. Por vía de cambiar progresivamente el significado de las palabras, han conseguido engañarnos para que nos creamos que el poder reside en cualquier otro lugar, pero nunca en nosotros mismos. Es nuestro lenguaje lo que primero han pervertido, para luego pervertirnos el intelecto. Efectivamente, se nos ha robado la mismísima idea de soberanía personal, y no por la vía de la agresión abierta, sino por la vía de la estafa encubierta.

En este contexto, leer el manifiesto de Pol Victoria supone un soplo de aire fresco. Sin mucha parafernalia, él presenta

su versión de una filosofía que es casi tan antigua como el hombre mismo. Después de explicar unos sencillos axiomas, pinta un cuadro de cómo podría ser hoy día una sociedad libre. Él mismo admite que esta imagen no es perfecta, pero difícilmente se puede culpar de ello al señor Victoria. Hasta donde yo sé, esta obra es aún la más clara exposición del pensamiento libertario en habla hispana.

Leer a Victoria le inspira a uno el deseo de liberarse de la opresión política, de vivir una vida honesta, diligente y apasionada, una vida propia y sin coacciones externas, no en un aislamiento como átomo suelto apartado de los demás, sino en comunión con quienes comparten ese mismo deseo. Es esta humana aspiración básica la que guía y acompaña toda la disquisición teórica del autor, pero mientras algunos pueden ver esto como un defecto, yo en cambio lo veo como una gran virtud y fortaleza en su forma de escribir: en lenguaje claro y sencillo, elabora muchas de las especulaciones intelectuales que cualquier persona con «mentalidad de libertad» debe haber tenido.

No obstante, el trabajo aún no está terminado. Esto es solo un manifiesto introductorio, y Victoria es lo suficientemente humilde para admitirlo. Invita activamente al lector a pensar con mayor profundidad y, en la medida en que yo mismo he podido hacerlo, la pregunta principal que me surge de la lectura de su obra es cómo podríamos formular el bien común en términos que vayan más allá de la sugerencia inicial del autor, a saber, proteger «la búsqueda de la felicidad» de cada cual. Para mí, en concreto, esa idea es de alguna manera problemática.

No existe forma específica de definir qué es la felicidad. Lo que hace feliz a una persona puede frustrar a otra, y lo que parece ser una completa tortura para una tercera puede ser

una delicia para una cuarta. Simplemente no hay manera de llegar a una comprensión objetiva de la felicidad. Si bien algunos pueden ver esto como el núcleo mismo de una sociedad libertaria —la completa libertad de interpretación—, yo no creo que esto fuera lo que el autor tenía en mente cuando eligió escribir un manifiesto «austro» libertario.

El prefijo «austro», para mí, hace referencia a una meta más alta de la mera búsqueda de la felicidad. Es una reminiscencia de una época en la que la cultura de Viena era considerada la cúspide de la civilización europea, y quien estudie sus raíces españolas descubrirá que esta concepción de la cultura se basa enteramente en una noción trascendental y aristocrática del hombre. Una noción, por cierto, que ha sido amenazada precisamente por el desviado libertarismo y por el credo burgués de que la búsqueda de la propia felicidad sería el máximo objetivo del hombre en la vida.

Asimismo, debo expresar mi profundo deseo de ver este trabajo intelectual como apenas el comienzo de un debate mucho más profundo. Defender los principios de una sociedad libre es una condición necesaria para lograr una sociedad floreciente, pero no es una condición suficiente. Una vez que estos principios estén claros, y cuando las personas comiencen a comprender lo innecesario que es tanto conflicto y sufrimiento causado por no adherirse a dichos axiomas, el siguiente paso es debatir qué haremos con esta libertad.

¿Estamos aquí simplemente para disfrutar de la vida y perseguir lo que nos hace felices? ¿O, como el resultado más magnífico de la Naturaleza, tenemos una tarea divina que recae sobre nuestros hombros? Estas son discusiones que rara vez se escuchan. Pero una cosa tengo por segura: solo podemos avanzar hacia esos debates si primero llegamos a un acuerdo en cómo erradicar la coacción estatal. Y cuando se

EL MANIFIESTO AUSTROLIBERTARIO

trata de eso, puedo testificar que el libro que se despliega ante usted es uno de los productos mejor elaborados del «mercado intelectual».

BRECHT ARNAERT

PREFACIO

El presente discurso que el lector sostiene en sus manos no pretende ser un gran tratado de filosofía, ni una magnífica obra académica, ni mucho menos una tesis doctoral. Es más un breve manual que un extenso libro, más una exposición que un tratado, más un manifiesto que una gran creación intelectual.

Algunos intelectuales y académicos juzgarán este escrito por liviano, falto de rigor y carente de demostraciones científicas. Será criticado por ambas clases de intelectuales: de un lado por los enemigos socialistas, que acusarán a este manifiesto de simplicidad y de no demostrar suficientemente que las libertades políticas y económicas son más éticas y superiores a la ingeniería social del Estado; de otro lado por los amigos austrolibertarios o de órbitas vecinas (anarquistas, libertarios, minarquistas, liberales-clásicos), que acusarán a este manifiesto de estar poco fundamentado e insuficientemente argumentado, en comparación con los brillantes libros que ellos han leído y/o escrito.

Y tendrán toda la razón en criticar este manifiesto. Ojalá haya muchos eruditos criticando esta publicación. Cuanto más la desprecien, mejor indicador será de que ha cumplido su propósito.

Cumplirá su propósito porque este libro no está dirigido a intelectuales, sino escrito para la gente de a pie, para la gente sencilla de la calle. Su propósito no es el de ser clasificado en importantes bibliotecas ni servir de guía en prestigiosas uni-

versidades. Su objetivo es que pueda ser leído por cualquiera y entendido por personas no instruidas.

En ello se asemeja a (lo que quizás es) su obra opuesta, *El Manifiesto Comunista*, escrito en 1848 con lenguaje comprensivo para todo el mundo. Si Karl Marx hubiera escrito solamente *El Capital*, de 8 volúmenes y miles de páginas, leído por solo unos cuantos eruditos, casi nadie habría conocido el marxismo y no habríamos tenido que padecer la lacra del comunismo que destruyó la civilización. En cambio, lo brillante fue haber difundido su manifiesto como una obra no académica y sí divulgativa, sencilla de entender para cualquier obrero que escasamente supiera leer y escribir. Esa fue la manera con la que durante los siglos XIX y XX se logró envenenar la cabeza de tantas personas justas, rectas y de buena intención, haciéndoles creer que la solución a sus problemáticas era el ideal comunista. Así fueron engañadas millones de personas, arrastradas a una falsa salvación que creó muchos peores males de los que pretendía combatir.

El Manifiesto Austrolibertario aspira a ayudar a cambiar el mundo en el sentido contrario. Desde cierto punto de vista se podría decir que es una especie de contramanifiesto marxista, o manifiesto anticomunista, con la particularidad de que se opone no solamente al socialismo más rancio y extremista, sino a cualquier otra forma de socialismo o colectivismo, sea explícito o camuflado. Los austrolibertarios entendemos que el mundo entero está infectado de las ideas colectivistas en muchas variantes, y también sabemos que nuestra batalla es dura porque tenemos a todo el Sistema en contra.

A pesar de nuestra soledad y escasez de medios y recursos, también nos llena de ilusión observar algunos síntomas de cambio en la sociedad, sobre todo en los últimos años, en los que individuos y organizaciones han tenido la valentía de resistir frente a la invasión y arrebato de sus libertades civiles.

EL MANIFIESTO AUSTROLIBERTARIO

El siglo XXI puede ser la edad del despertar de la humanidad, donde las personas tomen consciencia de su derecho natural a ser libres, por lo que se podría generar un potente Movimiento Austrolibertario que reclamara un freno a la tiranía de los poderosos y propiciara un renacer humano de libertad personal y responsabilidad individual.

Lo anterior únicamente podría ocurrir si el mensaje austrolibertario llega a las masas, si la gente de a pie tiene acceso a dicho mensaje y puede comprenderlo. Al contrario de las ideas totalitarias, las ideas de la libertad no suelen bajar desde el mundo académico hasta las personas no eruditas, aquellas que carecen de la capacidad o del tiempo de lectura de las grandes obras del pensamiento. De esta manera vamos dilucidando la misión de *El Manifiesto Austrolibertario*.

Su misión es llegar a las masas, a las mujeres y a los varones, a los niños y a los ancianos, a los jóvenes y a los mayores, a los empleados y a los empresarios, a los funcionarios y a los emprendedores, a los militares y a los civiles, a los religiosos y a los ateos, a los políticos y a los contribuyentes, a los periodistas y a los espectadores, a los inteligentes y a los no tanto, a los solteros y a los casados, a los obreros y a las amas de casa, a los inversores y a los que no llegan a final de mes, a los artistas y a los científicos, a los sanos y a los enfermos, a los trabajadores y a los estudiantes, a los ricos y a los pobres, y en general, a todos los que viven su día a día como bien pueden, intentando ser felices, y con mayor o con menor consciencia de que todos nacimos tras las rejas, presos en una jaula artificial, creada por un Sistema que nos arrebató la capacidad de decidir sobre nuestras vidas y la responsabilidad que ello supone.

Su misión es hacer tomar consciencia de su condición a aquellos millones de personas que en el fondo ya son austrolibertarios pero aún no se han dado cuenta.

Su misión es despertar las mentes para que la gente llana visualice que otro mundo es posible y que es el que debemos edificar: una civilización de ciudadanos responsables y libres.

La mayoría de lectores se quedará en la lectura de *El Manifiesto Austrolibertario* sin avanzar a leer nada más, y ello será suficiente para tener un mínimo criterio de vida de cara a su convivencia en sociedad y para tener un mínimo marco intelectual que le ayude a combatir en la batalla de las ideas. Este libro no pretende más que eso, cumplir con unos mínimos cognitivos. A una minoría de gente, sin embargo, este escrito le habrá abierto el apetito para luego profundizar y querer sustentar sólidamente las antiguas y profundas ideas expuestas de forma resumida en este manifiesto. A estas personas con mayor tiempo o con mayor capacidad lectora las animamos a que sigan leyendo, ahora sí, las relevantes obras del pensamiento que han escrito los intelectuales de los siglos pasados o incluso del presente.

Además, este autor pretende humildemente que *El Manifiesto Austrolibertario* sirva de primera lectura para quienes desean acercarse por primera vez a las ideas en favor de la libertad. Servirá de «arma» o «gancho» para que cualquier austrolibertario o simpatizante del austrolibertarismo pueda atraer a algunos indecisos a nuestra causa. En cualquier debate sobre algún tema filosófico, ético, jurídico, político o económico, el amigo de la libertad podrá referirle este libro a su contrincante de buena voluntad, darle físicamente este manifiesto o enviárselo en edición digital, para ayudarle a obtener otra perspectiva. Difícilmente se podrá corregir a un socialista convencido (aunque los milagros no se deben descartar), pero sí le abrirá los ojos a tantas personas que solamente han conocido la narrativa colectivista y que nunca han escuchado un enfoque libertario. Uno se sorprende de la enorme cantidad de austrolibertarios en potencia

que viven a nuestro alrededor, que aún no lo son porque nadie les ha transmitido este ideario, pero que en cuanto entran en contacto con este pensamiento rápidamente se enamoran de él y se unen a la causa. Este libro servirá para el propósito de despertar conciencias adormecidas y adoctrinadas por la poderosa influencia socialista.

A su vez recordemos que nuestra pugna es contra las instituciones socialistas, pero aún más importante, contra las ideas socialistas. Es una lucha racional, académica, intelectual, informativa, para conquistar las mentes antes que las instituciones. Ciertamente es una ardua batalla, muy difícil de ganar, pero ahí está el combate. Ganemos primero el terreno de las ideas y luego ganaremos el terreno de las instituciones. El austro-libertarismo es el antídoto contra el veneno socialista en todas sus facetas, en todos sus disfraces y máscaras, y es el que nos libera de la opresión estatal y del infantilismo dependiente; es el que nos hace adultos y ciudadanos responsables y libres.

Sin embargo, debido a la intención de ser breve en sus páginas, el autor ha dejado muchos principios sin describir explícitamente. Si no fuera el objetivo exponer tan solo un resumen de la tesis austro-libertaria y no alargarse en un libro espeso de leer, se habrían añadido otros muchos capítulos: «Principio de libre competencia; Principio de libertad educativa; Principio de libertad de consciencia; Principio de libertad de contratos; Principio de libertad de armas; Principio de libertad de emisión de dinero; Principio de libertad de movimiento; Sobre la patria potestad; La libertad humana, ¿idea novedosa o principio milenario?; La igualdad como espantoso antivalue socialista; La fatalidad del salario mínimo; De cómo el socialismo destruye el tejido social; De cómo el Estado del Bienestar destruye la comunidad humana; La justicia social versus la caridad voluntaria; Los problemas migratorios en

un mundo no austrolibertario; Las zonas comunes de copropiedad privada; Sobre la legalidad de las drogas; Sobre las organizaciones que dan servicios públicos sin impuestos; God and Gold, las dos G de la discrepancia; La inmoralidad de la reserva fraccionaria bancaria; La teoría austriaca del ciclo económico; La usura y el tipo de interés; La propiedad privada y la protección del medio ambiente; La ideología de género liberticida; La farsa de la igualdad de oportunidades; El mundo digital y su uso austrolibertario; Purismo del ideario frente a infiltración del Sistema; De cuándo se alcanza la mayoría de edad; La solución de las polimicromonarquías; La historicidad de las zonas de tolerancia; La cuestión del aborto; La cuestión de la pena de muerte; Sobre la divinidad y la religión; Sobre la patria o comunidad política; Sobre el matrimonio; Sobre la familia.» Pero, por desgracia, no había suficiente espacio para añadir estos capítulos.

Aun así, *El Manifiesto Austrolibertario* sí reúne los pilares intelectuales más importantes que deben sostener el marco jurídico de una nueva sociedad para el siglo XXI. A su vez, hace un llamamiento a generar un movimiento cívico de personas comprometidas que, resistiendo a la tiranía, sean capaces de promover más sociedad natural y menos Estado artificial.

Estimado lector. Bienvenido a conocer la filosofía austrolibertaria. Bienvenido a librar la batalla de las ideas.

PARTE I

LA TEORÍA,
EL PENSAMIENTO,
LOS PRINCIPIOS

1.
AUSTROLIBERTARISMO
EN UNA FRASE

La definición puede ser muy sencilla.

Austrolibertarismo: pensamiento filosófico que une los principios de la Escuela Austriaca de Economía con la Doctrina Política Libertaria y con el Derecho Natural.

La explicación resumida, también.

Ideario que promueve la total libertad humana, tanto en economía como en política, con la responsabilidad inherente que dicha libertad conlleva. El austrolibertarismo está a favor de la libertad personal y la responsabilidad individual, del orden social natural y espontáneo, de la sociedad auto-organizada desde abajo, con procesos de cooperación humana voluntaria, y carente de toda ingeniería social, coacción sistemática y agresión institucionalizada contra el libre ejercicio de la acción humana y de la función empresarial.

2.

UN IDEARIO BASADO EN LA ÉTICA

Muchas veces, los pensadores que han promovido la causa de la libertad lo han hecho basados en principios utilitaristas, materialistas y consecuencialistas. Es decir, la libertad es buena porque es útil para conseguir algo concreto, tangible y medible. La libertad debe ser defendida porque nos produce bienestar material. La libertad hay que promoverla porque trae consecuencias beneficiosas. Como estimamos su utilidad y apreciamos sus consecuencias, seamos amigos de la libertad.

Ahora bien, sin que lo tengan que decir explícitamente, al formular lo anterior dichos autores también están diciendo lo siguiente. La libertad no es un valor en sí mismo, sino que es un instrumento que ha demostrado su eficacia para producir resultados satisfactorios para el hombre. Ergo, si fuera al revés, si no nos sintiéramos beneficiados por los resultados que trae la libertad, tendríamos que descartarla porque no nos es útil ni trae las consecuencias que buscamos. O dicho de otro modo, si la tiranía, la dictadura o el totalitarismo trajeran mejores resultados que la libertad, entonces la libertad pasaría a ser un anti-valor a combatir.

Bien. A pesar de que dichos amigos de la libertad han contribuido a librar la batalla a su favor, y eso es innegable, debemos decir que a la vez la han perjudicado. La defensa de la libertad se ha visto comprometida por aquellos mismos que la querían enaltecer, precisamente porque cayeron en el grave error de emplear la lógica utilitarista o consecuencialista.

La libertad, entonces, ganó dos tipos de enemigos.

Por un lado, muchas personas que creyeron poder demostrar que el Estado podía, en todas las circunstancias o al menos en algunas de ellas, propiciar mejores resultados económicos que el libre mercado, y propiciar mejores resultados en el orden social y la felicidad que la libre acción humana. O personas que fueron convencidas de esa narrativa. De tal modo, muchos de quienes estaban acostumbrados a defender la libertad por razón de su utilidad y consecuencias, se cambiaron de bando al ser convencidos, fuera por datos reales o por datos falsos, de que la dirección estatal, o al menos la intervención estatal, podían ser más eficientes que la libertad. De ahí el surgimiento de frases populares tipo, «el mercado está bien en general, pero en aquellos sectores o lugares o circunstancias donde no sea eficiente, es el Estado el que debe acudir a suplir la ineficiencia del mercado», o de frases populares tipo, «la gente no sabe lo que quiere ni lo que le conviene, por eso se necesita que un buen gobierno tome decisiones racionales en su nombre». Al no ser sólida la defensa de la libertad, cuando no daba los frutos esperados se perdía la motivación para seguir defendiéndola y surgía el intervencionismo. Porque la libertad era solo una herramienta útil para obtener una consecuencia deseada.

Por otro lado, muchas personas con un perfil, digamos, noble e idealista, también se enemistaron con la libertad al ser convencidas de que sus promotores eran ajenos a la moralidad, que solo pensaban en sí mismos y jamás en actuar correctamente según unos principios morales. De ahí el surgimiento de frases populares tipo, «puede que el libre mercado sea en general más eficiente y próspero, pero eso no es lo que importa, pues por encima de la producción de riqueza está el valor de la justicia social», o frases populares tipo, «de nada sirve aumentar el crecimiento económico si ello conlleva una desigualdad inmoral».

Así, la izquierda socialista se autoerigió como la guardiana de la ética y señaló (y quizás marcó para siempre) a los amigos de la libertad como cerdos capitalistas y egoístas desalmados. Al no ser sólida la defensa de la libertad, cuando llegaban los pregoneros de la supuesta moralidad podían convencer fácilmente hacia el socialismo a quienes aspiraban a algo más alto y noble que la simple eficiencia. Porque la libertad era solo una herramienta útil para obtener una consecuencia deseada.

Defender la libertad basándose en un error de raíz la hizo retroceder y perder terreno en la batalla de las ideas. Si la libertad es un valor relativo a su utilidad y consecuencias, no es algo que necesariamente haya que defender y promover siempre, ya sea porque a veces produce resultados negativos o ya sea porque no está respaldada por la moral. Siempre que la libertad produzca insatisfacciones o supuestas injusticias, habrá que eliminarla o restringirla. En el fondo, los utilitaristas y consecuencialistas le estaban dando armas a los enemigos de la libertad.

El austrolibertarismo, en ningún modo, comulga con esas ideas. Su defensa de la libertad es por principio moral, no por cálculo de beneficios, consecuencias, utilidad, o pragmatismo. El criterio de eficiencia es irrelevante para un austrolibertario. Cierto que es amplia la investigación científica que demuestra que las libertades políticas y económicas conducen a una mayor felicidad humana y prosperidad económica, pero ese dato es secundario. Si no fuera así, nada cambiaría en el criterio. Si ejercer la libertad produjera peores resultados, de todos modos hay que seguir defendiéndola. A la izquierda socialista hay que desbancarla de su actual monopolio del discurso de la ética. El austrolibertarismo cree en principios universales que conforman una ética que debe regir el comportamiento humano. Así, su defensa de la libertad no se hace porque conviene, sino por su fundamento moral irrenunciable.